



*Historias Veraniegas*

*Doce Vidas*

*Llamas, J.M.*



# *Historias Veraniegas*

## *Doce Vidas*

*Llamas, J.M.*





# Índice

Día de llegada: El Abuelo y el Dios Fiel.....	10
Día segundo: el Carpintero y la Virgen del Hágase.....	16
Día tercero: la Piedra y los hijos del Trueno.....	25
Día cuarto: el recaudador, el hijo de Timeo y la endemoniada de Magdala.....	33
Día quinto: Aquella Monja Inquieta y Andariega, y el Peregrino.....	44
Día sexto: Juan María de Ars.....	53
Epilogo: La Vida que queda.....	60



- Papá, ¿he perdido la cabeza?

- Me temo que sí, Alicia. Estás majareta, loca, chiflada,  
pero te diré un secreto: las mejores personas lo están.

*Alicia en el País de las Maravillas. Tim Burton.*

*Nota informativa:* estas historias están hechas para que puedan ser representadas en un campamento. Mientras el Abuelo cuenta las vidas de los santos, varios actores pueden hacer lo que el Abuelo cuenta. Es importante que se sitúe bien la historia en los lugares expresados: la casa, el bosque y una piedra, el claro y un tablero de ajedrez, la cueva, la baraja de cartas y la reina de corazones. Cada contexto tiene su propio significado que hace referencia a Alicia en el País de la Maravillas y a la historia de los santos del día, y que puede ayudar a las distintas actividades del día, y a la propia representación: por poner un ejemplo, el día de Bartimeo, Zaqueo y María Magdalena se puede comenzar poniendo a ellos tres como piezas de ajedrez que luego se levantan y hacen lo que va diciendo el narrador.

## *Día de llegada: El Abuelo y el Dios Fiel.*

Érase que se era, en un barrio cualquiera o en un pueblo cualquiera de un lugar antiguamente llamado Málaga, la casa del Abuelo. En ella había una chimenea, y un sillón, desvencijado, en el que un hombre sabio abría los horizontes del alma de un niño que estaba aprendiendo a vivir. Aquel niño, Francisco, había escuchado muchas historias de labios del Abuelo, durante las largas noches frías de invierno, y también durante las cálidas noches estrelladas de verano. Para aquel niño, la caída del Sol era el momento en que despertaban los personajes que lo acompañaban hasta que cerraba los ojos y caía en la madriguera del sueño.

Aquellas historias no eran sólo cuentos. Muchas veces el Abuelo le contaba la Historia, la historia real, lo

que el mundo había sido hasta que él, el pequeño Francisco, vio la luz. Y la semana que nos ocupa no parecía ser una semana de cuentos fantásticos, sino de historias maravillosas dentro de la Historia. ¿Cómo sabía eso el pequeño Francisco? Porque conocía a su abuelo casi tan bien como su abuelo lo conocía a él.

Así pues, tenemos al Abuelo sentado en su sillón, a la luz del fuego de la chimenea, y a Francisco a sus pies, en la alfombra, deseando escuchar aquellas mágicas palabras que hacía tanto tiempo que, fuera de aquella casa, no se escuchaban en el extraño mundo en el que vivían.

- ¿Alguna vez, pequeño Francisco, te he hablado de Dios? -le preguntó el Abuelo.

- Mmmmmh... Abuelo, no irá a darme ahora una catequesis, ¿verdad? Para eso ya están las catequistas. La mía es buena gente, pero con una hora a la semana tengo de sobra -contestó Francisco, sospechando que no

iba a ser una noche de historias, ni de cuentos, ni nada de eso.

- No, no te preocupes. Digamos que... te quería contar una cosa que creo que nunca te he contado, pero como te he contado tantas cosas, no sé si contártela, porque vaya a volver a contarte lo que te conté alguna vez, y no trae cuenta aburrir con historias ya contadas a alguien que escucha cuentos.

- ¿Cómo? -preguntó Francisco, abriendo mucho los ojos- ¿Me podría repetir lo que ha dicho? Es que no sé... si me he enterado bien...

- Verás: ¿te he explicado alguna vez la historia de fidelidad de Dios con nosotros?

- Este... Abuelo, no sé. Me ha explicado la historia de Timeo, y la historia de aquella niña, María, en la Nueva Individualidad, y la historia de... ¡Me ha contado usted muchas historias!

- Está bien, está bien, pequeño. No te pongas nervioso. Te voy a contar una aventura... Una de las aventuras más grandes que nadie nunca te podrá contar.

O mejor dicho: te voy a contar once aventuras nuevas, aunque hace mucho tiempo que pasaron. Y la número doce, la última, todavía no ha terminado, así que esta historia es una historia en camino. ¿Te parece bien?

- Vaya, Abuelo. Así que once aventuras en una... ¡Cuenta, cuenta! -dijo Francisco, golpeando levemente la pierna del Abuelo.

- Está bien. Dios, pequeño mío, es Fidelidad.

- ¿Y qué significa eso? Filide... Fidile... Felidi... Fidadilá...

- ¡Fidelidad! Dios es FIDELIDAD -repuso el Abuelo, pausadamente-. Quiere decir que, pase lo que pase, Dios siempre está ahí. Aunque vengan tiempos oscuros, aunque la vida se vuelva difícil, aunque parezca que nada puede salir bien, el Amor de Dios siempre está ahí, y el que lo descubre convierte su vida en una Gran Aventura. La Aventura de seguir un camino que tiene el mejor fin que pueda imaginar uno.

Ha habido gente que ha descubierto eso, como si

fuera el mejor tesoro del mundo y de la historia, y que ha dejado todo lo que tenía para conseguir ese tesoro, como si se embarcara en un barco de velas negras rumbo a una isla desconocida en la que se encuentra la Felicidad.

- ¡Felicidad! Esa palabra es más fácil que flidedad, Abuelo -dijo Francisco.

- Fidelidad, hijo, Fidelidad. La Fidelidad de Dios, sí, nos lleva a la Felicidad. Pero no te voy a explicar una teoría profunda sobre esto, porque no sé explicar teorías. Te voy a contar once vidas en las que once aventureros, que descubrieron la Fidelidad de Dios, siguieron una senda a través de un mundo en el que todo estaba vuelto del revés y encontraron un Fin mucho mejor de lo que nunca pudieron haber deseado. Así que colócate en la proa de este barco maravilloso, que se llama Iglesia, y vamos a conocer a José el Carpintero, a María la Virgen Fiel, a Pedro la Piedra, Santiago y Juan los hijos del Trueno, a Zaqueo el recaudador, Bartimeo el hijo de Timeo y María de Magdala, a Teresa de Jesús e Íñigo de

Loyola, a Juan María de Ars. ¿Estás preparado?

- ¡Sí, Abuelo! -contestó Francisco, levantando los brazos.

- ¡Arriad las velas! ¡Zarpamos!

## *Día segundo: el Carpintero y la Virgen del Hágase.*

- ¿Alguna vez has caído a través de la madriguera de un conejo blanco con chaleco, hasta llegar a un mundo donde todo está al revés? - dijo el Abuelo a Francisco.

- No, Abuelo, pero conozco a una niña a la que le pasó dos veces: una cuando tenía mi edad, y otra cuando un ricachón malcriado le pidió la mano. ¡Alicia! -le contestó, mirando a un lado y a otro y susurrándole al oído, como si fuera un gran secreto, Francisco.

- ¡Vaya, vaya, vaya! Así que conoces su caso. Pues bien, el lugar al que llegó aquella niña, aquellas dos veces, se parece mucho a la historia de los personajes que vamos a conocer ahora; ellos también entraron en un mundo en el que todo está al revés. Sin embargo, hay una diferencia fundamental entre lo que le pasó a Alicia, y lo que le pasó a nuestros nuevos amigos: Alicia llegó a

otro mundo distinto. Nuestros compañeros de camino esta noche siguieron en este mundo, pero su vida se puso al revés, como si hubieran caído en aquella madriguera. ¿Me explico bien?

- No sé, Abuelo -le dijo Francisco, encogiéndose de hombros.

- Verás: todos ellos emprendieron una Aventura que cambió sus historias. Como te digo, todo se puso al revés. Se volvieron locos a los ojos de los que les rodeaban. Y todos ellos tuvieron una única causa para volverse locos: Jesucristo. Dios los volvió majaretas, y se convirtieron en mejores personas de lo que nunca podrían haber siquiera soñado. Vamos a ver cómo fue aquello, porque, conforme te lo vaya contando, verás que contigo, y conmigo, está pasando más o menos, misteriosamente, lo mismo.

- ¡Abuelo! Así que es verdad que usted y yo estamos también medio locos.

- Como una auténtica cabra. Hay que estar loco para el mundo si se quiere ser feliz, mi querido Francisco. Y hoy vamos a ver cómo un Carpintero y una Virgen

volvieron loca toda la historia, por ser fieles a la locura que les pedía alguien que cambió, como te he dicho, sus vidas.

- Abuelo, creo que esa historia ya la conozco – repuso, levantando el dedo índice de la mano derecha, Francisco.

- Sí, tienes razón. Pero, mucho más que lo que le ocurrió a Alicia, ésta es siempre una historia nueva, ¿no te parece? - dijo el Abuelo, tocando con su dedo índice la frente de Francisco.

- Claro, Abuelo, claro. Cuente, cuente.

- Está bien.

Había una vez, en un pueblo llamado Nazaret, una mocita que se iba a casar con un joven llamado José, que era carpintero. Era una joven que, como Alicia, siempre había sentido que algo no iba bien en el mundo, que las cosas tenían que cambiar, que Alguien tenía que venir para transformar la historia por completo.

Y mira tú por donde, ese Alguien, que es Dios, fue a elegirla a ella, muy joven aún, de un pueblo de mala fama, para que fuera la madre del que iba a cambiarlo todo. Y todo cambió en la vida de aquella joven, que, como sabes, se llamaba María, y en la vida de aquel joven carpintero. ¿No te has preguntado alguna vez qué hubiera sido de la vida de Alicia si no hubiera perseguido a aquel conejo blanco con chaleco que llegaba tarde a algo? Yo me he preguntado muchas veces qué hubiera sido de la vida de María y José si no hubieran sido elegidos por Dios y no hubieran dicho que Sí, para siempre, al plan que Dios tenía para ellos.

- Pues ahora que lo dice, Abuelo, ¿qué hubiera sido de usted, y de mí, si una día, cuando era usted un niño, no hubiera llegado tarde al transporte que le llevaba, como un esclavo, de vuelta a aquella ciudad, la Nueva Individualidad, en la que todo estaba organizado, y no hubiera bajado por aquella alcantarilla hasta aquel mundo donde vivían los cristianos? La verdad es que todas estas historias son tan parecidas... - dijo, abriendo

mucho los ojos, Francisco.

- Veo que lo has pillado, pequeño Francisco. Quizás si María hubiera dicho que no a Dios, hubieran triunfado con la carpintería, y hubieran tenido niños propios y hubieran organizado sus propios planes y hubieran sido gente normal, con dinero, con poder, con fama, en medio de un mundo normal. Pero eso nunca lo sabremos, porque lo que ocurrió fue una auténtica locura.

¿Quién le iba a decir a María que, por decir que Sí a aquel ángel que le anunció que iba a ser la madre del Salvador, pasaría todo aquello? Que iba a verse señalada por la gente de su pueblo como una mujer que se había quedado embarazada antes de casarse; que iba a tener que viajar, a punto de tener a aquel pequeño por obra del Espíritu Santo, a otro pueblo lejano, y que no iban a tener sitio en la posada de Belén; que iban a tener que irse a un establo, que aquel niño, el niño que se suponía que iba a ser el más importante de todos, iba a nacer entre animales, y que unos pastores, gente de mal vivir,

mala gente, iban a ser los primeros en adorarlo y en felicitarlos aquella noche; que unos extranjeros, muy extraños, sabios de Oriente, lo adorarían, y que el Rey del país, uno de los “buenos”, de la gente normal, intentaría matarlo; que tendrían que huir con su pequeño a un país muy lejano; que tendrían que educar a Dios mismo y enseñarle a vivir; que después, cuando aquel niño creció, iban a llegarle noticias de que estaba loco, de que estaba haciendo cosas que no eran bien vistas, de que era un peligro para la sociedad. María nunca podría imaginar, cuando dijo “Hágase en mí según tu Palabra”, que aquel hijo suyo iba a ser perseguido, traicionado por uno de sus apóstoles más cercanos, negado por el discípulo más importante, condenado injustamente, torturado, azotado, que se iban a reír de él, que iban a cargarle una cruz y que iba a morir a la hora de Nona. No podría siquiera haber soñado que su hijo resucitaría al tercer día, que ella ayudaría a los apóstoles a mantener la esperanza cuando no había nada que esperar, y a esperar que el Espíritu Santo les abrasara el alma y los impulsara a anunciar hasta en los últimos rincones del mundo que todo había

cambiado, que el Hijo de Dios, Jesucristo, había transformado toda la historia y había triunfado sobre la Muerte. María nunca hubiera pensado que su “Sí” pondría patas arriba todo. Pero dijo que Sí, y todo cambió.

¿Y José? Su historia es la misma, pero es muy distinta. Él entendía menos aún todo aquello, y, sin embargo, caminó junto a María y a aquel niño por senderos que nadie nunca se habría atrevido a explorar. Imagínate, pequeño Francisco, enseñarle al pequeño Jesús lo que sabía, sabiendo que aquel niño era la Sabiduría de Dios. Decirle a aquel niño lo que está bien y lo que está mal, sabiendo que aquel niño era el que había creado todo lo que existe; enseñar a decir sus primeras palabras a un bebé que era la Palabra hecha carne; enseñar a manejar la madera al que iba a entregar su vida en un Madero; enseñar a clavar clavos en una mesa al que iba a entregar su vida en la Mesa de la Última Cena, y al que iban a taladrar las manos en una Cruz...

Y ahora, imagínate a María y a José, después de haber dejado dormido al pequeño Jesús, mirando al cielo estrellado, en mitad de la noche, con la luna creciente sonriendo en una esquina del Horizonte. Imagínate las lágrimas corriendo por sus mejillas, porque al final del día no pensaban en lo importantes que eran ellos, ni en el dinero que tenían, ni en el poder, ni en lo bien que se lo estaban pasando. Sus ojos llegarían hasta más allá de la Última Estrella, y dirían; ¡Gracias, Dios, porque hoy también nos has dejado abrazarte, porque hoy también nos has mostrado la Vida! ¡Déjanos decirte que Sí, también, mañana!

Por eso, querido Francisco, María, la Virgen del Hágase, y José, el Carpintero, fueron, en su tiempo, las dos personas más felices de toda la humanidad. ¿Por qué? Porque dijeron que Sí, y con su Sí volvieron loco al mundo entero. Y sólo aquella locura nos salvó a todos, también a ti, a mí y a los que vamos a acompañar a partir de ahora. Pero ahora, pequeño, salgamos a la

terraza, como María, como José, y miremos al cielo, y lleguemos hasta más allá de la Última Estrella.

## *Día tercero: la Piedra y los hijos del Trueno.*

Pasó una noche, llegó una mañana de domingo, y el Abuelo y Francisco salieron a pasear por un bosque cercano. Después de un rato admirando las flores, que parecían querer hablar y bailar al ritmo de la brisa que las movía ondulantemente, y los pájaros que volaban y cantaban cada uno en su idioma, y los roedores que se movían como pequeños locos entre la hojarasca, llegaron a un árbol retorcido, extraño, que parecía tener las raíces en el lugar de la copa y las hojas en el lugar de las raíces. Francisco se detuvo, extrañado, junto a un agujero que había bajo una gran piedra.

- Vaya, Abuelo. Parece una madriguera... - dijo Francisco, sonriendo.

- Oh, sí. Por aquí hay muchas; pero ésta no lleva más allá de donde haya cavado el que la ha construido. Y

hablando de lugares que recuerdan cosas, me voy a sentar en esta piedra, porque me acabo de acordar de una historia que tiene que ver mucho con ella.

- ¿Con esta piedra? ¿Algo que pasó aquí? - dijo Francisco, muy interesado.

- No, no, nada de eso. Esta historia tiene que ver mucho con una piedra, pero no con ésta, sino con la piedra más dura que pueda imaginarse, sobre la que se construyó el edificio más importante de todos.

- ¿El más importante? Pues sí que debía ser una piedra grande...

- No, no era ni muy grande, ni muy pequeña. De hecho, no era exactamente una piedra - dijo el Abuelo, abriendo las manos.

- ¿Entonces cómo se construyó un edificio sobre ella? No sé: ¿era de chocolate? - preguntó Francisco, relamiéndose.

- Verás, pequeño: no todas las piedras son piedras, y no todos los edificios están construidos con piedras, ladrillos, cemento, metal o cristales.

- Eso sí que no lo he entendido – dijo Francisco, entrecerrando los ojos.

- El edificio más importante de todos, del que te hablo, se construyó sobre hombres. Y, de entre ellos, uno fue “La Piedra”. Recuerda que estamos hablando de un mundo en el que todo está al revés, así que no debes extrañarte absolutamente de nada...

- ¿Y quién era ese hombre que se convirtió en Piedra?

- preguntó Francisco.

- No, no se convirtió en piedra. Aquel hombre...

Aquel hombre era pescador, y se llamaba Simón. Tenía una barca junto a su padre y su hermano Andrés; y trabajaban en el mismo lago que otros dos hermanos, Santiago y Juan. Tenían una vida en las Afueras, una vida en la que un día no se diferenciaba demasiado del siguiente: salir a pescar, regresar, llevar el pescado a la lonja, reparar y remendar las redes, comer, dormir, salir a pescar... Una vida, pequeño, en la que había pocos horizontes más allá que el del lago o el de tomar el

mando de la barca cuando el padre ya no pudiera continuar.

Un buen día, mientras preparaban las redes para la siguiente noche de pesca, un hombre pasó por allí, se llegó a ellos y les dijo: “Veníos detrás de mí, y os haré pescadores de hombres”. Y dejando la barca, el padre, las redes y, por tanto, toda su vida, lo siguieron. Aquel hombre, como sabes, era Jesús, el hijo de María, el Hijo de Dios, y aquella invitación significó para ellos que ya nada volvería a ser como antes: a partir de aquel momento su mundo se iba a volver completamente del revés, y cuando miraran el horizonte iban a descubrir que cada momento se convertía en un Nuevo Amanecer con una Aventura por descubrir.

- ¡Vaya, Abuelo! Así que aquellos hombres también cayeron por la misma madriguera, ¿verdad? -preguntó, asombrado, Francisco, mirando el agujero bajo la piedra.

- Se puede decir que sí, Francisco. Claro está que no

todo fue fácil, porque las vidas de las mejores personas nunca son fáciles, ni cómodas, ni mucho menos “normales”. Aquellos hombres dejaron su sitio de pescadores, y encontraron un nuevo lugar. No un lugar concreto, no un pueblo o una ciudad, sino una persona: Jesús, el Mesías, el Hijo de Dios. Y aquel lugar, a diferencia de la barca o del lago, era una Senda por la que caminar, un Pastor al que seguir, una Vida que vivir. Y eso supuso para ellos que cada jornada tenían que estar atentos para ver por dónde y cómo caminaba, pensaba, sentía, vivía Jesús, para poder seguir detrás.

- Abuelo. ¿Y qué tiene eso que ver con la piedra de ahí? -preguntó, inquieto, Francisco, señalando el pedrusco en el que estaba sentado el Abuelo.

- Tranquilo, tranquilo. Ahora voy a eso. Verás: Jesús había formado un grupo de hombres para que estuvieran con él, y para mandarlos a anunciar su Buena Noticia a todos los que les rodeaban. Este grupo se llamaba “los Doce Apóstoles”. Y entre ellos había tres

con los que tenía especial confianza, con los que compartió sus secretos más impresionantes y sus momentos más duros. Eran Simón, Santiago y Juan. Pues bien: a los tres les puso un mote, supongo que porque Jesús, como era de un pueblo de las Afueras, era dado a poner motes a la gente: al fin y al cabo, la gente de los pueblos se conoce casi siempre por su mote.

¿Y qué mote les puso? A Simón, que tenía la cabeza más dura que una piedra, le puso precisamente Pedro, “La Piedra”, y le dijo que sobre aquella piedra iba a edificar la Iglesia, la misma Iglesia a la que pertenecemos tú y yo. Y a Santiago y Juan les puso los Boanerges, es decir, “los Hijos del Trueno”, porque eran tan finos que un día le dijeron a Jesús que por qué no hacía bajar un rayo del cielo que destruyera un pueblo en el que no los habían dejado entrar. ¡Imagínate! Desde luego, Jesús no eligió a gente de buena fama, ni de finísimos modales, para que lo siguiera. Pero se convirtieron, tras muchos tropiezos y muchas caídas, en las mejores personas de aquel momento de la historia.

Pedro cayó al suelo muchas veces, porque, como los

demás apóstoles, no comprendió bien a Jesucristo hasta después de su muerte en la Cruz y su Resurrección. No entendía aquello de tener que perdonar a los enemigos; quiso quitar de la cabeza al Maestro la idea de ir a Jerusalén a morir en la Cruz; se hizo el valiente diciendo que daría la vida por Él; utilizó la violencia, la espada, aquella noche en la que traicionaron a Jesús; y negó, por tres veces, que lo conocía. Los Hijos del Trueno también quisieron, como ya te he contado, acabar con la vida de los que se ponían en contra de ellos, y utilizaron la influencia de su madre, que no creo que tuviera demasiado poder, claro está, para coger el primer puesto en el Reino que creían que iba a montar Jesús cuando llegaran a Jerusalén. Todos lo abandonaron la noche en que fue encarcelado. Sólo Juan, el más joven de los apóstoles, acompañó a María, la Virgen del Hágase, hasta el pie de la Cruz.

Sin embargo, hubo una cosa que les salvó la vida: cuando vieron lo que habían hecho, cuando comprendieron que habían traicionado y abandonado a Jesús, todos menos uno, aquel Judas que lo entregó con un beso, volvieron al lugar donde Jesús les había

entregado la vida en el Pan y el Vino. Regresaron al lugar de la Última Cena, y allí fue donde Jesucristo, ya resucitado, los encontró, asustados, y les devolvió la Vida, la Esperanza, la Alegría y el Perdón. ¿Por qué volvieron allí? Me lo he preguntado muchas veces. Y creo, pequeño Francisco, que fue porque, aunque no comprendían nada, sabían que aquel mundo al revés de Jesucristo era el único mundo posible, y que, incluso aunque Él hubiera muerto en la Cruz, aquel mundo en el que se perdona a los Enemigos y se entrega la vida por todos no podía acabar muerto en una cruz. Por eso, cuando resucitó el Señor, aquellos pobres hombres, incluidos Pedro y los Hijos del Trueno, salieron por todos los lugares a anunciar que la única verdad, el único camino, la única vida, era el Mundo al Revés con nombre propio: Jesucristo, el Señor. Y por eso estamos aquí tú y yo.

- Y yo, Abuelo, quiero ser como Pedro y los Hijos del Trueno. ¡Qué Aventura! - terminó, admirado, Francisco.

## *Día cuarto: el recaudador, el hijo de Timeo y la endemoniada de Magdala.*

*(La historia de hoy, si se ve larga para hacerla en un solo momento, se puede dividir en varias partes e ir la representando a lo largo del día)*

Después del domingo viene, normalmente, el lunes, y aquel lunes, tras el almuerzo y el descanso, el Abuelo y Francisco salieron a explorar un sendero nuevo en el bosque, más allá de la piedra de Pedro y los Hijos del Trueno. Así que metieron en una mochila la merienda, el Abuelo agarró su bastón, dio una lámpara de aceite a Francisco, se colocó aquel extraño sombrero de aventurero que tenía colgado siempre en la entrada de la casa, y caminaron.

Vereda adentro el bosque era cada vez más frondoso y oscuro, y los árboles parecían a cada paso más retorcidos, como si en aquel lugar las plantas estuvieran jugando a algún misterioso juego desconocido y lóbrego. Y hete aquí que, de repente, se abrió un claro, salpicado aquí y allá por matorrales en espiral, y en medio del claro, como puesto por manos invisibles, encontraron un tablero de ajedrez de piedra, y encima de él, colocadas al azar, un montón de piezas blancas, también de piedra, y el rey de negras, tumbado en mitad del tablero.

- ¡Qué curioso! -dijo el Abuelo, después de un momento de silencio admirando aquella extraña escultura.

- ¿Qué es esto, Abuelo? Una madriguera, un tablero de ajedrez en mitad de un bosque... Parece que estuviéramos paseando por el País de las Maravillas cada día, ¿eh? ¿Lo ha hecho usted? -preguntó Francisco, igualmente asombrado.

- Sí, por supuesto. Esta mañana me levanté muy temprano, cogí un martillo y un cincel, me llegué aquí y

esculpí todo esto, para que lo encontráramos ahora – dijo el Abuelo, sonriendo. Luego repuso: - Pero hombre, qué cosas tienes. Acabo de ver esto por primera vez en mi vida. Qué curioso...

- ¿No le recuerda ninguna historia? Esto es de lo más extraño... - comenzó a decir Francisco, mirando a izquierda y derecha.

- Oh, sí. Me recuerda muchas historias, pero, tal y como están puestas las piezas, me acabo de acordar de una historia curiosísima, una que no es ningún cuento, sino que pasó de verdad hace muchísimos siglos – dijo el Abuelo.

- ¿Una historia con piezas de Ajedrez, hace muchísimos siglos? - preguntó, mirando el tablero, Francisco.

- No, no, qué va. Verás: me recuerda la vida de los tres personajes a los que vamos a conocer hoy. Uno de ellos era como ese rey de negras derrotado que hay en mitad del tablero. Otro, como ese peón que está fuera, roto. Y otro, je je, se parecía mucho al alfil con la cabeza perdida que hay en esa esquina, sobre el cuadro negro.

Los tres conocieron a Jesús, y las vidas de los tres cambiaron por completo.

- ¡Vaya, Abuelo! Adelante, cuente – dijo Francisco, sentándose en la hierba.

- Te cuento:

Había una vez un pueblo llamado Jericó. Por allí pasó, un buen día, camino de Jerusalén, Jesús, seguido de sus discípulos. Estaba ya cercana la fecha en que iba a entregar su vida en la Cruz, y los discípulos cada vez comprendían menos a su Maestro, pero seguían detrás de Él porque, como había dicho Pedro, sólo él tenía palabras de Vida Eterna para ellos. Llegaron a Jericó, y, como Jesús era conocido por los contornos, salieron a recibirlo, a la calle principal, los jefes del pueblo y mucha gente. La gente miraba con curiosidad a aquel hombre que había hecho tanto bien en otros lugares, pero que tenía fama, entre los sacerdotes, los escribas y los maestros de la Ley, de haber perdido la cabeza, de

estar chiflado y ser, además, peligroso.

Jesús no se detuvo a hablar con los jefes, porque buscaba a alguien más allá. ¿Y quién era ese alguien? Era un hombre pequeño, que se había subido a una higuera para ver pasar a Jesús. ¿Por qué se había subido allí? Ni él mismo podría decir por qué, pero allí estaba, subido, haciendo el ridículo más espantoso. Aquel hombre era como el rey de negras derrotado, para el pueblo: recaudador de impuestos y, como tal, odiado por muchos, porque cobraba impuestos para el Imperio Romano, que los había invadido. Nadie de buena fama debía dejar entrar a aquel hombre en su casa, y nadie de buena fama podía entrar en casa de aquel hombre, llamado Zaqueo. Y Zaqueo, que sabía que no podía hacer muchos amigos entre la gente de su pueblo, se había dedicado a amasar dinero, cobrando quizás algo más de la cuenta a todos aquellos que lo señalaban por la calle.

Pues bien: su mundo cambió de la noche a la mañana.

Allí estaba, subido en una higuera, cuando Jesús lo señaló y le dijo: “Zaqueo, baja, que hoy tengo que comer en tu casa”. Aquel extraño profeta lo había señalado, y quería comer donde nadie de buena fama querría entrar. Zaqueo no podía creerlo, pero allí seguía Jesús, bajo la higuera, esperando una respuesta. Todo el mundo guardaba silencio. Y Zaqueo, bajando al momento, invitó a comer en su casa a Jesús, y renunció a todo su dinero, y devolvió todo lo que había conseguido aprovechándose de la gente, y siguió a Jesús por el camino. Desde entonces, ya nunca volvió a pensar en las riquezas, porque había ganado mucho más: una Vida Nueva donde los únicos tesoros que podía acumular eran los pensamientos, los afectos y las acciones de aquel que lo había sacado de la pesadilla que había sido su vida hasta entonces. Y sus días pasaron de ser un tablero en el que manejar las piezas, a un camino con un horizonte siempre nuevo en el que todo estaría siempre cabeza abajo.

Salieron de Jericó, rumbo a Jerusalén, como te he

dicho, y justo a la salida encontraron al peón roto del que te he hablado. Se llamaba Bartimeo, y era hijo de Timeo, cuya historia, que es otra historia, fue contada en otra ocasión. Bartimeo había escuchado hablar, desde pequeño, de que había que estar atento, porque el Salvador del mundo había nacido. Luego creció, se desvió por caminos anchos y rectos, se dedicó a querer disfrutar de todo al momento, como si no hubiera ningún día más allá del hoy, y terminó arruinado y ciego, al margen de todos y de todo, junto al camino.

Pero aquel era el camino por el que tenía que transitar Jesús. Bartimeo no podía ver, pero había escuchado, durante todo el día anterior, la escena de la higuera, narrada por los que pasaban rumbo a Jerusalén, porque todo el mundo se hacía lenguas de aquel extraño encuentro entre Jesús y Zaqueo. Y Bartimeo supo, en ese mismo momento, que Jesús era aquel de quien le había hablado su padre, cuando pequeño; que era el Hijo de David, el que iba a cambiarlo todo. Se puso a soñar, porque, eso sí, era un hombre soñador, e imaginó que

aquel tipo pasaba por el camino, y que él podía hablarle.

Y, de repente, ocurrió lo impensable. Bartimeo escuchó primero un murmullo lejano, luego las voces de mucha gente que venían juntas a lo ancho del camino, profundamente alegres. Al fin, aquel grupo se acercó hasta donde estaba él. Y entre las voces escuchó una que, no sabía por qué, le resultaba extrañamente conocida, como si le hubiera hablado desde antes de su nacimiento, como si lo conociera de toda la vida, como la Palabra más importante del mundo y de la historia. Y Bartimeo se arriesgó, porque supo que algo imposible estaba a punto de suceder, y que él sabía, extrañamente, que lo imposible era posible.

“¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!” gritó, una y otra vez, Bartimeo. Algunos le dijeron que se callara, que no molestara al Maestro, pero una voz que no le era desconocida lo animó: “Ánimo. Levántate, que te llama”. Era la voz de Zaqueo. Bartimeo dio un salto, se encontró con Aquel al que había estado esperando, sin

saberlo, toda su vida, y su mundo negro se volvió claridad, y ya no pudo hacer otra cosa que seguir, a lo largo del camino, al que había cambiado su vida para siempre.

- Increíble, Abuelo. Cada encuentro con Jesús es distinto del anterior. Pero todos terminan, no sé, como si se iluminara el bosque con una luz nueva... - dijo, pensando en alto, Francisco.

- Y todavía nos queda una historia hoy, una historia importante. La de ese alfil con la cabeza perdida.

Hay gente que pierde la cabeza, querido Francisco, por las riquezas. Otros pierden la cabeza por el poder. Otros, por la belleza, o por el placer, o por el triunfo. Y hay otros que, simplemente, tienen la cabeza completamente perdida. En un pueblo llamado Magdala había una mujer así: unos decían que estaba malita, casi todos decían que no tenía remedio, muchos se aprovechaban de su locura para dar rienda suelta a sus

más bajos instintos, y la mayoría creía que María de Magdala tenía no un demonio, ni dos, sino muchos espíritus inmundos dentro del alma.

¿Qué pasó exactamente? No lo sabemos, pequeño. Lo que sabemos es que Jesús se cruzó un día en el camino de María la Magdalena, como en el camino de muchos otros endemoniados, y que sacó de su alma no uno, ni dos, sino los siete demonios que estaban destrozando la vida de aquella mujer. Y, de repente, María, que había estado tanto tiempo con la cabeza perdida por completo, recuperó la cordura, pero se encontró con mucho más: una vida nueva en la que ya solamente importaba seguir los pasos del que la había liberado de la maldad. Y fue así como María, la loca de Magdala, se convirtió en María, la discípula más fiel de Jesús, el Mesías, el Hijo de Dios.

Nuestra historia termina hoy en un lugar en el que pocos aguantaron. Allí, junto a la Cruz de Jesús, el día en que lo asesinaron, no había casi nadie. Entre ellos

estaban María, la madre, y también María la Magdalena, llorando, sin saber qué hacer o qué decir, creyendo que aquellos demonios que habían salido de su interior volverían si su Maestro acababa muerto y traspasado. Más allá, en algún lugar lejano, viendo la escena desde lejos, estaban los dos últimos discípulos de Jesús: Zaqueo y Bartimeo. Y aquella noche, cuando ya habían bajado el cuerpo de la cruz y lo habían colocado en el sepulcro, María, Zaqueo y Bartimeo fueron a escondidas, se colocaron frente a la piedra, frente al misterio de la Vida muerta, recordaron todo lo que había pasado, y susurraron, a una voz: “Esto no puede acabar así, Señor. No puede acabar así. Gracias por todo”. Y así quedó aquella noche otra vez negra, hasta que, dos días después, la Resurrección derribó todos los fantasmas, y volvió completamente loca toda la historia, la de antes y la de después. Pero la historia de después tendremos que verla otro día, porque hoy ya se hace tarde, y tenemos que volver a casa.

## *Día quinto: Aquella Monja Inquieta y Andariega, y el Peregrino.*

- Abuelo, está anocheciendo. ¿Nos hemos perdido? - preguntó Francisco, alumbrando con la lámpara de aceite el sendero.

- No lo sé, Francisco. De noche las cosas parecen muy distintas – contestó el Abuelo.

Todavía no habían llegado a casa después de la aventura del tablero de ajedrez, y el Sol acababa de ponerse tras el horizonte. Ya los búhos se preparaban, ululando, para una noche de caza, y los roedores asomaban sus pequeños hocicos por entre la hojarasca. El Abuelo entrecerraba los ojos mirando más allá de lo que alcanzaba la lámpara, pero no conseguía dar con el camino de vuelta. De repente, paró en seco. Miró a un lado y otro, se rascó la arrugada barbilla.

- ¿Sabes qué? Este sitio me suena. Me suena mucho...

- Entonces sabe usted el camino de vuelta, ¿no? - preguntó, aliviado, Francisco.

- No tengo la más remota idea. Pero creo recordar que por aquí había... Sígueme - dijo el Abuelo. El sendero se dividía en dos, y emprendió el camino que subía entre los arbustos y los vetustos árboles que poblaban aquella parte del bosque. Francisco siguió al Abuelo, pensando que aquel camino no podía ser peligroso si delante caminaba él. Subieron un trecho, y llegaron a un lugar de lo más extraño. Dos árboles, uno a la derecha y otro a la izquierda, inclinados y entrelazados, parecían hacer de puerta de la boca de una oscura cueva. Francisco quedó perplejo.

- Verás, pequeño: hace años que no entro en esta cueva, pero no tengo ni idea de cómo volver desde aquí a casa, y dentro de poco la noche va a cerrar, así que creo que es mejor que durmamos ahí dentro, y

regresaremos mañana. La luz del día aclara los caminos perdidos... Además: esta cueva me trae a la memoria la historia de dos personas que te voy a contar, para que veas que a veces una cueva puede ser un lugar muy, pero que muy bueno.

- ¡Pero Abuelo! ¿Cómo vamos a dormir ahí? Habrá animales, y peligros, y...

- ¿Y qué? ¿No te ha servido de nada lo que te he contado hasta ahora? ¿Quién nos hará temer? ¿Quién podrá estar en contra de nosotros? Venga, entremos antes de que se haga más tarde, y busquemos una esquina donde pasar la noche.

Así pues, el Abuelo primero y Francisco después, entraron en la cueva, la alumbraron con la lámpara, esperaron a que saliera la bandada de murciélagos que acababa de despertar, y se colocaron en una esquina, sobre dos piedras que parecían sendos asientos. El Abuelo dejó la lámpara colgando de la raíz de una planta que bajaba desde el techo,

- En fin, ¿qué te estaba diciendo?

- Me estaba usted diciendo, Abuelo, que esto le recuerda la historia de dos personas...

- ¡Por supuesto! - exclamó el Abuelo, golpeándose una pierna con la mano abierta - La historia de Teresa e Íñigo, dos de las personas más importantes de esta gran familia, la Iglesia, que estamos conociendo en estos días. Vamos allá...

Corrían años duros para la Iglesia, que se acababa de dividir por causas que no vienen ahora al caso. Eran tiempos de caballeros y espadas, de princesas y castillos, de conquistas de tierras y batallas y armaduras... Era el final de los tiempos de los cuentos de hadas, pero la gente no vivía en un cuento de hadas, por supuesto.

Y allí, en Ávila, nació Teresa de Cepeda y Ahumada. Desde pequeña tuvo mucha imaginación: buscaba siempre ir más allá. Siendo aún una niña, como tú, se

escapó de casa con su hermano, como si fueran caballeros o mártires, a entregar la vida allende los mares, donde vivían gentes que no creían en Jesús y que, posiblemente, los mataran por ser cristianos. Su tío tuvo que traerlos de vuelta. Como en los libros de Caballerías, en los que los héroes realizaban grandes hazañas por el amor de una doncella, o por liberar a las gentes de la injusticia, o, como se decía entonces, por “desfacer entuertos”, Teresa estaba dispuesta a conquistar el mundo.

Su madre murió cuando ella tenía 12 años. Luego llegó la adolescencia, y Teresa, como muchos chavales de todas las épocas, empezó a preocuparse por su imagen, por la belleza y por, como ella decía, “traer galas, y desear contentar en parecer bien, un mucho cuidado de manos y cabello y olores, y todas las vanidades”. Pero una grave enfermedad la postró en la cama, y de ella salió dispuesta a entregar su vida a Jesucristo, siendo monja. Sin embargo, todavía tenía mucho que aprender en su vida: entró en el convento en

contra de su padre, y en el convento su salud empeoró hasta el límite. Tuvieron que sacarla de allí, y estuvo dos años paralizada, sin poder moverse, en casa de su padre. Sufrió mucho. Sin embargo, al fin salió de aquella rara enfermedad, después de rezarle mucho a San José, ya sabes, al que cuidó y educó a Jesús, el Hijo de Dios.

Teresa era una mujer luchadora, y estuvo muchos años, de vuelta en el convento, luchando: por un lado, la atraían la imagen, el disfrute, las aficiones vacías. Por otro, sentía una llamada profunda a vivir para Cristo, a seguirle. Hasta que, después de mucho luchar, cuando tenía más de cuarenta años, Jesús mismo, como a los Apóstoles, se le apareció, y la hizo caer en la cuenta de que “Sólo Dios Basta”. Se puso el nombre de “Teresa de Jesús”, y a partir de entonces su vida, como la de todos los que hemos conocido hasta ahora, dio la vuelta, y se dedicó a reformar la vida de las monjas de su orden, para que pudieran ser más fieles al Amor de Dios, para que nada ni nadie las pudiera apartar del Amor de Cristo: creó las “Carmelitas Descalzas”. La conocían

como “aquella monja inquieta y andariega”, y en esto, y en llevar a otros a descubrir a Jesús, pasó todo lo que le restaba de vida, hasta que murió gritando: “Señor mío, es tiempo de caminar”, como respuesta a lo que el Señor le había dicho: “yo estaré contigo hasta el final de tus días”. Muchos pensaron que estaba loca, que veía visiones. Pero fue, junto con los que la ayudaron en aquella gran aventura, una de las mejores personas que pasó por el mundo en aquel tiempo.

Teresa de Jesús se imaginó todo este camino suyo hacia el Señor como un ir pasando de una morada a otra, hasta llegar a compartir la vida con Dios. Pero hubo otro tipo que no sólo lo imaginó, sino que vivió mucho tiempo dentro de una cueva, buscando caminos nuevos. Se llamaba Ignacio, “Íñigo”. Como Teresa, tenía sueños de caballería andante: quería conquistar castillos y reinos, hacer grandes cosas “por la mujer de sus sueños”. Era un joven con la cabeza más dura que una piedra, y en el asalto al castillo que él defendía, recibió un cañonazo por quedarse el último, cuando ya se

habían rendido todos. Se quedó cojo, después de estar al borde de la muerte; durante la convalecencia, le dieron libros de santos, para que leyera, y algo cambió en su vida: tenía dos sueños. En uno era un caballero andante que realizaba proezas en la Corte, para la dama de sus amores; en otro, quería ser como los santos que había leído en aquellos libros, y hacer grandes obras por Cristo. Después de soñar con la corte, la dama de sus amores y todas las grandes proezas que por ella iba a hacer, se ponía muy nervioso y se quedaba mal. Cuando soñaba despierto en ser santo y hacer grandes cosas por Dios, quedaba interiormente muy a gusto y en paz.

Y entonces transformó sus sueños de caballería en sueños de hacerse “caballero de Cristo”, aunque todavía, como Santa Teresa, tenía mucho que andar. Abandonó su vida en el castillo, se fue por los caminos, y estuvo encerrado en una cueva como ésta, velando armas, preguntando a Dios qué quería de él, como si fuera un caballero andante. Se convirtió en un hombre apasionado por anunciar a su Señor, su único Señor, a

todos: estuvo en Jerusalén, estudió en París, anduvo, solo y a pie, por Europa entera, y creó la “Compañía de Jesús”, un grupo que llevó, como si de la mayor aventura se tratara, la Buena Noticia del Señor hasta los últimos lugares de la tierra conocida. Todo en la vida de Íñigo de Loyola tenía un solo fin: responder al Amor de Dios, amando a la Iglesia y a todos, entregando la vida por todos. Su vida fue una de las aventuras más grandes que se pueda conocer.

- Increíble, Abuelo. ¡Qué gente tan... grandiosa! - exclamó, entusiasmado, Francisco.

- Sí, ya lo ves. Esta noche, en esta cueva, antes de dormir, terminaremos con una frase que resume toda la locura de estas grandes almas: “Concédeme, Señor, conocerte mejor, para más amarte y seguirte”. Buenas noches, Francisco.

- Buenas noches, Abuelo.

## *Día sexto: Juan María de Ars.*

- ¡Que le corten la cabeza! - escuchó el Abuelo, en la habitación de al lado, a media tarde del día siguiente a la Aventura del tablero de Ajedrez y la Cueva. Extrañado, cogió el bastón y se acercó hasta donde estaba Francisco, que era quien había dado el grito.

Cuando llegó a la habitación, vio a su nieto jugando con una baraja de cartas. En una mano sostenía a la Reina de Corazones, y en la otra, al Rey. Tiró al Rey a una esquina, y siguió diciendo:

- Está bien. Se acabó estar en contra mía. ¡Ahora, yo tengo el poder! ¿Y dónde está esa niña...?

- ¿Qué estás haciendo? - preguntó el Abuelo.

- Jugando con esta baraja de cartas. Me imagino que estoy en el País de las Maravillas, y que la Reina Roja

está haciendo de las suyas.

- Vaya. Interesante. ¿Quieres que te cuente una historia que comienza casi exactamente así? - siguió diciendo el Abuelo, guiñando un ojo.

- No me diga que la Reina de Corazones existió de verdad... - dijo, pensativo, Francisco.

- Claro que no, que yo sepa, fuera de la mente del que escribió aquel cuento. Pero sí hubo una vez una Revolución en la que pasó algo muy parecido a lo que acaba de pasar con tu baraja de cartas.

- ¿Y eso?

- Y allí transcurrió la vida del último de los personajes que vamos a conocer esta semana.

- ¿Y qué es una Revolución? - preguntó Francisco.

- Vamos a ver... Ya te lo he explicado alguna vez, pero te lo diré en pocas palabras: una Revolución consiste en quitar el poder a los que tienen el poder para tomar el poder y manipular, desde el poder, a los que no tienen poder, hasta que los que no tienen poder quitan el poder a los que tienen el poder para tomar el poder y

manipular, desde el poder, a los que no tienen poder... Y así una vez, y otra, y otra.

- Vaya... Qué complicado, ¿no? Y qué rollo – respondió Francisco.

- Pues sí. Fue en medio de una de estas revoluciones, en Francia, donde surgió una persona...

Comencemos por el principio. Juan María Vianney nació en un pueblo llamado Dardilly. Era el tercero de una familia de campesinos con seis hijos. Y entonces estalló la Revolución, y, como has hecho tú antes, le cortaron la cabeza al rey. Se prohibió hablar de Dios, se prohibió abrir las Iglesias y reunirse en el nombre de Dios, se cambiaron los nombres de los días y de los meses, y se quiso comenzar un tiempo nuevo en el que el mundo sería organizado por los que se creían buenos, que eran, por supuesto, los que habían tomado el poder.

Claro está: la familia de Juan María no entendía mucho de aquello. Sólo querían celebrar la Misa, y se

reunían, para hacerlo, a escondidas. Así estuvieron hasta que terminó aquella Revolución, y las cosas volvieron a ser... medio normales, por lo menos en el lugar donde estaban ellos.

Juan María siempre fue un niño bueno, que ayudaba a los demás, y, sobre todo, que rezaba por todos, y a todas horas. Desde pequeño quería entregar su vida a Dios. Pero la vida, pequeño Francisco, no es siempre fácil...

Juan María era un chaval torpe. Le costaba mucho estudiar. Sin embargo, se esforzaba, en la escuela para aspirantes a sacerdotes de Ecully, un pueblo cercano, por aprender todo lo posible. Quería ser sacerdote, y los que le rodeaban no dudaban de ello, pero ¡era tan torpe...! Y justo cuando parecía que la cosa empezaba a ir bien, surgió en aquel país un tal Napoleón, que, como hemos visto antes, tomó el poder, y obligó a todos a entrar en el ejército, incluidos los que estaban preparándose para ser sacerdotes. Así que el joven Juan María fue llamado para luchar en una guerra contra España que no le importaba

lo más mínimo. Pero llegó tarde a la llamada del ejército, porque estaba rezando. Aquella noche un joven se ofreció a llevarlo hasta donde estaban sus futuros compañeros de batalla; sin embargo, en lugar de eso lo llevó donde estaban los desertores, es decir, los que se habían negado a ir a la guerra. Así que Juan María se convirtió, de la noche a la mañana, en vez de en sacerdote, en desertor.

Estuvo allí catorce meses. Después pudo comunicarse con su familia. Su padre se enfadó mucho, como es natural: ¡su hijo, fuera de la ley, un prófugo! Al final, pudieron arreglar la cosa cuando su hermano se ofreció a ir en su lugar al ejército, y él volvió a casa. En todo aquel tiempo siguió rezando, haciendo el bien por dondequiera que pasaba, y sintiendo que Dios lo llamaba a ser sacerdote.

Tras todas aquellas aventuras, por fin entró en el Seminario y, después de pasar muchas penalidades, sobre todo en los estudios, fue ordenado sacerdote casi con treinta años. Y al poco tiempo fue mandado como párroco a Ars, un pueblo perdido de pocos habitantes,

donde estuvo casi toda la vida.

- Pues vaya una aventura, Abuelo: ¡toda la vida en un pueblo perdido! - exclamó Francisco.

- No te equivoques, hijo – respondió el Abuelo-. Lo importante no es dónde, sino cómo y porqué. Y esas dos cosas las tenía muy claras Juan María, el “Cura de Ars”: su Porqué era Cristo, y su Cómo fue siempre Jesucristo. Cuentan muchas cosas sobre Juan María en aquel pueblo, y por todas aquellas cosas hoy se le llama “San Juan María Vianney”. Dedicaba la mayor parte del día a rezar, a pedir por todos, a perdonar, en nombre de Dios, a todos los que se acercaban, y a aconsejar, en nombre del Señor y de la Iglesia, a todo el que pasaba por allí en busca de consejo. Pronto su fama se extendió por los alrededores, y hasta aquel lugar perdido llegaban obispos, mandatarios, jóvenes, mujeres, enfermos, gentes de mal vivir... Todos ellos buscaban un horizonte, un nuevo amanecer en sus vidas, y todos se encontraban con Dios en la persona de aquel hombre delgado,

humilde, sencillo, claro y paciente.

En su vida tuvo también muchas luchas: incluso el mismo demonio luchaba contra él, pero no le podía ganar, porque Juan María nunca dejó la oración, la Eucaristía, el sacrificio ni el amor por la pobreza y por los más pobres. Creó un orfanato y una escuela, misiones, todo para servir a los últimos, a los que más necesitaban que se les echara una mano. Todo lo hacía gratuitamente, sin pedir nada más que lo que la buena gente quisiera dar, y nunca faltó nada de lo necesario. Se tiraba horas y horas atendiendo a todos los que llegaban en busca de paz, de perdón por parte de Dios o de un buen consejo. Fue, sin duda, el mejor ejemplo para cualquier sacerdote de cualquier parroquia del mundo, y convirtió su vida, por su Cómo y su Porqué, en una historia maravillosa; y aquel pueblo perdido llamado Ars cambió, se volvió del revés, y ya las cosas nunca fueron como antes de que aquel hombre, que parecía tan torpe, llegara un buen día a la parroquia. Porque, Francisco, las personas nunca cambian desde fuera y desde arriba, sino

desde abajo y desde dentro. Y ahí siempre, siempre, está Dios.

## *Epílogo: La Vida que queda.*

- Abuelo – dijo Francisco, llegándose al sillón donde estaba el anciano descansando-, creo que se ha olvidado usted de algo.

- ¿Sí? ¿Y de qué me he olvidado, si puede saberse? - refunfuñó el Abuelo.

- Me dijo que me iba a contar doce historias. Pero sólo me ha contado once: José y María, Pedro, Santiago y Juan, Zaqueo, Bartimeo y María la de Magdala, Teresa e Íñigo, y Juan María. ¡Falta una!

- Vale, vale... Es verdad que falta una. Falta una historia, pero no te la puedo contar entera – respondió,

enigmáticamente, el Abuelo.

- ¡Venga ya, Abuelo! Cuéntemela – replicó Francisco.

- Deja que te explique: la historia que queda es la de un niño llamado Francisco, que nació justo después de que el Imperio de la Nueva Individualidad se intentara hacer con el poder en el mundo entero, y que quiere, según me han contado, ser como los once personajes a los que ha conocido durante la última semana, en la que ha visto cosas muy raras, y en la que ha aprendido a poner el mundo del revés.

- ¿Francis...? ¡Soy yo! - gritó Francisco.

- Si quieres, serás tú. Por supuesto. Tienes toda la vida por delante para volver el mundo del revés, para volverte loco y volver a todos locos, para responder en FIDELIDAD al Dios Fiel, que nunca ha dejado de quererte como nunca dejó de querer a aquellas once personas. Tienes toda la vida para ser la mejor persona del mundo, como Jesucristo y con Jesucristo. Pero hay un secreto.

- ¿Un secreto? Vaya. Dígamelo. Quedará entre

nosotros – susurró Francisco.

- Hay que empezar hoy. Hoy es el mejor día para empezar a ser santo, porque mañana puede que sea tarde. Hoy es el mejor día para convertir tu vida en una Aventura, siguiendo al mayor Aventurero de la historia: Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, el único Señor.

- ¡Vaya! Voy a prepararme entonces, Abuelo.

Y Francisco fue hasta la entrada, cogió aquel sombrero de Aventurero que el Abuelo tenía colgado siempre allí, se lo puso, abrió la puerta y gritó, antes de salir corriendo:

- ¡Allá voy, Vida! ¡Más allá, siempre más allá!

El Abuelo se quedó solo, sentado en el sillón. Empezó a mecerse, y dijo, mirando al cielo:

-Y todos ellos, incluido Francisco, fueron felices para siempre, porque respondieron a la Llamada que, desde

antes de nacer, les hizo el Dios Fiel. ¡Y Colorín,  
Colorado, esta historia ya ha comenzado!

***Fin***

Basado en:

- Los Santos Evangelios según *San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan*.
- “Obras Completas” de *Santa Teresa de Jesús*.
- “Ignacio de Loyola, Solo y a Pie”, de *José Ignacio Tellechea Idígoras*.
- “El Cura de Ars”, de *Francis Trochu*.
- “Alicia en el País de las Maravillas”, de *Tim Burton*.

